

Las barbas del vecino

Rafael Domenech

VA DE UN relato de un grupo de perros, exactamente 17, que se conocieron en un parque al que sus amos los sacaban a pasear. Sus amos eran distintos, tenían comportamientos diferentes... o eso parecían percibir los canes en sus conversaciones, cuando se veían. Castlon, un bonito seter, bien cuidado, incluso mimado, al que su amo le compra unas galletas deliciosas (antes estrenaba collar todos los meses), hablaba un día con una gran danesa, Madra, que se lamentaba de que su ama cada día parecía estar más distante. No es que hubiese dejado de comprarle galletas, es que le había restringido la comida y notaba que le fallaban las fuerzas. Cata y Valentina, dos dálmatas preciosas (sus respectivos amos les han cambiado el pienso por uno muy barato) pasaban por allí y al oír los lamentos de Madra la consolaron. Juntas recordaron a Murcano, un apuesto pastor alemán que hacía tiempo que ya no se le veía en el parque. La última vez que bajó estaba muy delgado. En otro rincón del parque otro grupo de perros mantenían otra conversación parecida. Bajo un árbol estaba Canaro, tumbado y sin ganas de correr: Le fallaban las fuerzas; junto a él, dos perrillos pequeños correteaban y jugaban; pensaban que simplemente descansaba. El resto, hasta los diecisiete, hablaban entre ellos de sus dueños... "A mi me quitó la cama" decía uno. Otro, al oírlo, pensaba: "¡Qué crueldad!, si a mi me quitan la cama le muerdo la mano. Mi amo sólo se ha atrevido a quitarme el agua, pero yo bebo de la fuente del parque y ni se entera". Eran las 10 de la noche. Los dueños de los perros estaban sentados tomando unas copas en el bar del parque, hablando de los recortes que habían tenido que hacer en sus economías familiares debido a las deudas contraídas y a la terrible crisis que estaban sufriendo. Rápidamente recogieron a sus perros para llevarlos a casa. Algunos quedaron con los amigos a cenar en un restaurante de lujo.